

AUTORA BESTSELLER DE THE NEW YORK TIMES

MAGGIE STIEFVATER



VALIENTEMENTE

¿Y si tuvieras un año para salvar todo lo que amas?

 Planeta

VALIENTEMENTE

MAGGIE STIEFVATER

 Planeta

1

TRES LLAMADAS A LA PUERTA

Mérida llevaba una hora comiendo pancitos cuando llamaron por primera vez a la puerta.

Los pancitos estaban deliciosos, recién horneados, crujientes al exterior y esponjosos y calientes por dentro. Mérida se había terminado ya todos los que estaban un poco torcidos y ahora empezaba con aquellos cuya forma era perfecta. Todavía había cientos apilados sobre la mesa toscamente labrada de la cocina; eran muchos más que la cantidad de invitados que asistirían a la fiesta de Navidad. El pan estaba destinado a un tonto ritual de boda: Leezie y Col tratarían de darse un beso por encima de una montaña de panes. Mérida les estaba haciendo un favor al hacer que la montaña fuera un poco más baja.

¡Leezie se iba a casar! Mérida no podía creerlo.

Mientras masticaba el pan bajo la tenue luz de medianoche en la cocina, usó su pie descalzo para escribir su nombre en la harina que cubría el piso de piedra. Era muy agradable sentir el piso frío en la planta del pie y el calor de la chime-

nea ardiente por encima. Era una delicia degustar el interior mullido del pancito contra su paladar y la corteza crujiente en la lengua. Qué placer permitir que su mente parloteara, como decía su madre Elinor, y dejarla jugar con tonterías como escribir su nombre al revés, Adirém; a decir verdad no se oía tan mal: Adirém de DunBroch. Pensó que era como su reflejo, su sombra, tan melancólica y pensativa como Mérida era alegre y activa.

Mérida escribió «DunBroch» sobre la harina. Hcorbnud. Escrito al revés, no era nada atractivo.

Fue en ese momento que llamaron a la puerta por primera vez.

Toc, toc, toc.

Mérida dejó de masticar y escuchó. ¿Sería alguno de los trillizos? Cuando Mérida apagó la vela de los trillizos para que durmieran, advirtió una mirada pícara en los ojos de Hubert.

Pero el castillo estaba en silencio, como solo pueden estar los castillos. La piedra amortiguaba por completo los sonidos y la tapicería de las paredes ahogaba el resto. Todos, salvo Mérida, soñaban con la boda de Leezie y el festejo de Navidad que seguiría. Era probable que ese sonido solo fuera el crepitar de una de las chimeneas.

Mérida terminó el pan; se tomó tiempo para seleccionar otro, resistiéndose al impulso que tendrían los trillizos de sacar uno del fondo del montón para verlos derrumbarse al suelo. Eligió uno redondo, perfecto; lo partió y admiró las fisuras estructuradas al interior. En los últimos meses había comido una buena cantidad de pancitos, pero nada comparado

TRES LLAMADAS A LA PUERTA

a los de Aileen, quien, además de ser la cocinera de la familia, era iracunda, territorial y malhablada, pero no había nadie mejor en las cocinas de Escocia. Elinor, la madre de Mérida, hacía lo imposible para encontrar las recetas más modernas para Aileen, que casi siempre venían de Francia; cada vez que un mensajero o una paloma mensajera traían una nueva, Aileen se encerraba en la cocina durante días para probarla y volverla a probar antes de dejar que cualquier miembro de la familia real degustara el resultado. Bueno, casi cualquier miembro de la familia.

Esta no era la primera vez que Mérida bajaba a escondidas para probar el trabajo de Aileen.

Mientras se comía el pancito, recordó su gran regreso a casa temprano ese día. Hubo abrazos y lágrimas, lo acostumbrado. En DunBroch les emocionaban mucho los relatos y las leyendas, y ella les narró la Balada del Año de Mérida en voz alta, montada en una de las mesas del Gran Salón, actuando entre las decoraciones navideñas. Los trillizos, su padre y Leezie rieron a carcajadas, encantados, y su madre fingió una expresión de reprobación.

¡Ah, su hogar! Era muy agradable volver a las comodidades de DunBroch: el chisporroteo de sus chimeneas, las velas en abundancia, los bocaditos sin gusanos, los baños con mayor privacidad, las cobijas sin pulgas y los cuartos lujosos. También era bueno ver que los detalles no habían cambiado: el olor a hierba de la cocina, el caos de sus hermanos trillizos que maullaban en los pasillos, el potente sonido que hacía su padre cuando se aclaraba la garganta al sentarse frente a la chimenea, el beso

acostumbrado en la mejilla de su madre para darle las buenas noches mientras Elinor escribía en su diario los sucesos del día.

Toc, toc, toc.

¿Alguien llamaba por segunda vez? Parecía que sí. Tres golpes suaves como los que creyó escuchar antes.

—Hubert, puedo oírte —murmuró.

Pero parecía que no era Hubert. ¿Provenía de la puerta? Las puertas del castillo se cerraban al caer la noche, así que nadie pudo haber entrado al patio; incluso si alguien lo hubiera logrado, la población más cercana era una pequeña aldea de casas con techos de paja que se encontraba a veinticinco minutos a pie, cuando el camino no estaba cubierto de nieve y hielo como lo estaba esa víspera de Navidad.

Mérida esperó, escuchó. No había nada. Tomó otro pedazo de pan.

La extraña inquietud que la había sacado de la cama empezaba a surgir de nuevo. ¿Por qué se sentía así?

Debería de sentirse excelente; amaba a su familia, amaba su hogar, los amaba tanto que no tenía palabras para expresarlo. Era maravilloso estar de vuelta y encontrar todo casi exactamente igual que como lo había dejado.

Pero arriba, en la torre donde estaba su cuarto, yacía despierta bajo la fría luz de la luna que se filtraba por la ventana. Deseó con desesperación que no estuviera tan oscuro para poder salir a los campos de entrenamiento y tirar al blanco hasta que su cuerpo y su mente se tranquilizaran. En su lugar, estaba inquieta y sus pies la apremiaban a llevarla lejos en una aventura emocionante.

TRES LLAMADAS A LA PUERTA

Meses atrás, la noche antes de partir, se había sentido igual. Sin embargo, ahora que la aventura había terminado, algo debería de haber cambiado, ella debería de haber cambiado.

En ese momento escuchó la tercera llamada.

Toc, toc, toc.

En definitiva, no provenía de una chimenea sino de la puerta. Y no de la puerta principal, sino de la pequeña y fea que estaba al fondo, la que usaban para las entregas de provisiones, donde las carretas no destrozaban el pasto. Pero ¿quién podría estar ahí afuera en una noche como esta?

Mérida tuvo la espantosa idea de que quizá sí se trataba de uno de los trillizos que, de alguna manera, se quedó atrapado afuera durante horas y que ahora solo podía tocar la puerta con debilidad. Cruzó la cocina de un salto, hizo girar la enorme llave de la cerradura y abrió la pesada puerta.

Afuera, el patio estaba más iluminado que lo que hubiera esperado. Aunque estaba oculta detrás del castillo, la luna enorme alumbraba la nieve como si fuera de día. Una ráfaga de aire helado con olor a humo de leña entró en la cocina y envolvió a Mérida. Todas las estrellas estaban tan brillantes y luminosas que parecían húmedas al tacto.

No había nadie en el umbral; ni siquiera huellas en la nieve. Pero ella sabía que no había imaginado los golpes en la puerta.

En su interior sintió un cosquilleo muy peculiar. Sabía que este sentimiento era el que llevaba todo el día oculto detrás de su inquietud, solo que ahora era tan evidente que podía reconocer la inconfundible sensación. Era como el brillo húmedo y nítido de las estrellas en el cielo, pero lo sentía en el pecho.

—Magia —murmuró—. La magia está cerca.

Hacía mucho tiempo que no sentía ese llamado.

En ese momento lo vio. Una silueta encorvada destacaba en la profunda sombra azulada junto al muro del castillo; pero no pudo haber sido él quien llamó a la puerta, no había huellas que llegaran hasta ahí. La figura se quitaba uno de sus guantes y se detuvo al instante, permaneció quieto por completo, esperando que ella no lo advirtiera.

No era un visitante; se trataba de un intruso.

—¡Oye! —lo llamó—. ¡Puedo verte!

La silueta no se movió.

Mérida hubiera preferido usar su arco y flecha para que el efecto fuera mayor, pero utilizó lo que tenía a la mano: un bollo. Con su perfecta puntería, lo lanzó y pasó rozando la cabeza de la silueta.

—¡Oye! —dijo de nuevo—. ¡Preséntate, desconocido!

Él se dio vuelta. Mérida no podía ver su expresión porque estaba oculta en las sombras. Ella tomó un arma, lo único que había a mano era la pala de la chimenea, y atravesó el patio a grandes saltos.

—¡Dije que te presentarás! —repitió.

—No puedes lastimarme —respondió con desprecio el desconocido—. ¡Auch!

Mérida lo golpeó con fuerza detrás de las rodillas, un truco que no aprendió en los entrenamientos de combate sino de su diabólico hermano, Hubert, quien se escondió durante semanas debajo de la mesa del Gran Salón para perfeccionar su técnica con Mérida y con cualquier otra

persona que fuera lo suficientemente tonta como para pasar cerca de él.

También funcionaba muy bien con los desconocidos misteriosos. El personaje cayó de rodillas; sus manos enguantadas desaparecieron en la nieve hasta las muñecas. Le lanzó a Mérida una mirada asombrada.

—No puedes detenerme.

Esa no era en absoluto la respuesta que Mérida hubiera esperado.

—¿Detenerte de hacer qué?

Pero él solo salió corriendo.

La gente de DunBroch consideraba que Mérida era iracunda. A ella le parecía injusto y que solo se debía a que era una chica, porque tenía tres hermanos pelirrojos que eran mucho más propensos a estallar en un ataque de ira que ella y a ellos nunca los llamaban iracundos. A su parecer, era ingeniosa. No le llevaba mucho tiempo reaccionar. Por supuesto, a veces esa reacción era una respuesta tajante, pero a veces sí se lo merecían. Por ejemplo, a veces se trataba de un desconocido a la mitad de la noche y lo que se necesitaba era la pala de una chimenea en la parte posterior de la rodilla y luego una persecución.

En un rincón de su mente escuchó una vocecita que sonaba muy parecida a la de su madre y le decía: «Mérida, ¡las princesas no persiguen descalzas a desconocidos en la noche!».

Mérida entrecerró los ojos y se lanzó a la caza.